

Un día en la vida de un libro. Los náufragos del infinito

POR XIDARTO P. LEGRIBÉS

En memoria de Gregorio Rocha, al que ya no pude ver para contarle.

En la temporada de elecciones del STUNAM Ciudad Universitaria se olvida dónde sí y dónde no es patrimonio arquitectónico del mundo. Es cuando se viste de fiesta, no hay pared sin la planilla de algún color, piel que anuncia que quiere, que puede cambiar. El Centro Cultural Universitario, bonita feria de pueblo adornado con papel picado, no podía ser la excepción.

Y eso hubiera sido lo que llamara la atención de ese espacio en general ascético, raramente sobrepoblado de algún festival o fiesta del libro, de no ser por una fila humana que serpenteaba de la puerta de la Sala Nezahualcóyotl hasta el estacionamiento 4 de la zona. En la fila: lectores en grupo, solitarios, codo a codo, en silla de ruedas, muletas, familias de todos tamaños, todos aguantando un calor y con otra característica estampa, una rareza, llevar consigo varios ejemplares de varias versiones del mismo libro.

El infinito en un junco, además y por si fuera poco, se vendía a los pies de La Neza y en la Librería Julio Torri, emblema del CCU. De la versión de lujo a la de bolsillo, montón que ponían los vendedores, versión que se agotaba en menos de lo que llegaban las siguientes cajas con más provisiones para los náufragos del infinito. Los lectores del junco, probos todos, compraban de a dos o tres ejemplares más *in situ*, había un descuento de por medio, y el pacto de esos lectores es divulgar la divulgada palabra de Irene Vallejo.



La autora llegó a México invitada por el Tecnológico de Monterrey y se prestó para pasar un día, unas horas en la UNAM. Respondería algunas preguntas de los lectores universitarios al azar, días antes habían sido recibidas, y mantendría un diálogo al centro de la sala de conciertos. Rosa Beltrán, coordinadora de Difusión Cultural, y Socorro Venegas, directora general de Publicaciones y Fomento Editorial, ambas de la Universidad, querían su audiencia pública.



Una acogedora sala improvisada las esperaba, genialmente iluminada. Y una estruendosa ovación, más cercana a la experiencia de un concierto de rock que a la de una sesión de diálogo con una escritora, las recibió a todas. Los naufragos del infinito se manifestaban frente a su sacerdotisa que, frágil como es, junco lívido que podemos decir que sostiene ya a una editorial gigantesca como Siruela,

agradeció el gesto, y se arrancó con un soliloquio requerido por el respetable que a veces dejaba intercalar ideas con las otras escritoras y funcionarias.

Irene, como ignorando que los lectores presentes podían recitar de memoria cada línea del texto, se dedicó a glosar la glosa magnífica del capítulo espléndido del que trata su libro último. Los libros como huella de la presencia del amor trascendental, los libros como esa fragilidad donde cabe el infinito, los libros como testimonio de lo que ha sido para bien y para mal la humanidad.

Aplausos, un ramillete de “¡Te quereeeemos, Ireneeee!” cada tanto, en las butacas, entre los naufragos, se vivía con nerviosismo cada palabra de Vallejo, revelaciones al por mayor las que se repartían, noté. Envidié la inmunidad al encanto del operador de cámaras, de los cuidadores de las puertas, de las luces. Seguro esta división de lectores puede saber que yo no he leído el libro, pensé con miedo de que alguien que dejé fuera me reclamara. Ignoraba que afuera, precisamente, había más de la mitad de gente que recogía las palabras en vivo del auditorio y que seguía haciendo la fila, pero esta vez para recibir una dedicatoria por sus oficios lectores.

La despedida fue entrañable. Ante una pregunta del público –¡hasta que le llegó su hora!– sobre el gremio bibliotecario la Vallejo se desbordó: “Las bibliotecas hoy son los únicos lugares que subsanan los males del mundo, es el único espacio de acogida auténtica en nuestra sociedad que solamente se dedica

a expulsar”, y dio un nuevo aliento a un público ahído de sus palabras.

Una nueva muchedumbre de náufragos del infinito la esperaba enfilada a lo largo de metros y metros de sus propios libros. Eran las 19 horas cuando se acomodó para comenzar a dedicar sus libros, sus náufragos comenzaron poniéndole tres o cuatro ejemplares, todos para náufragos distintos. La paciencia fue monumental, había gente que le pedía que firmara cualquier cosa a las 21 horas, separadores, papelitos, otros libros que no eran de ella. Para las 22 horas ella se disculpaba por ya no tener el músculo más que para firmar un ejemplar de los cuatro que le acercaban, pero esa técnica duró hasta las 23:20 horas en que pasó la última persona de la fila que parecía la primera.

Aquella tarde *El infinito en un junco* vendió, en improvisado cálculo, tirajes de obras enteras de autores a los que se les va la vida en vender siquiera uno de los títulos de su *corpus*. Irene sació y fue saciada. El infinito se plantó y los juncos florecieron.

